

47. — Algunas reglas de conducta que nos sugieren los animales.

Existen no pocos animales de cuya manera de ser pueden desprenderse enseñanzas saludables, desde los cuadrumanos que son los más próximos al hombre hasta el insecto al parecer más insignificante o el infusorio invisible a simple vista.

Así, los monos poseen como cualidad resaltante el don de imitar. Tengámoslo también nosotros para lo bueno, nunca para lo que choca con la moral y la corrección de las maneras.

Huyamos de las gracias torpes que sólo hacen reír a la gente de mal gusto.

El amor maternal es notorio en los cuadrumanos, así como lo es el filial. No existe madre fea, ni pobre para el gracioso monito. ¿Sería tolerable en el hombre de origen modesto, enriquecido, que se avergonzase de su madre porque no viste a la moda, ni se aviene a las maneras de la sociedad «distinguida»? Sería el ser más despreciable de la tierra.

Del amor maternal son también modelo las focas que enseñan a los hijos a vivir unidos y a auxiliarse recíprocamente cuando lo han menester o algún peligro los amenaza.

Tomemos del gato el hábito del aseo y no la impureza, ni la grosería del cerdo; y no sólo por las consecuencias desfavorables para la salud de la falta de limpieza, sino también por la natural repulsión que determina la persona desaliñada y sucia, tanto como atrae la que es limpia y arreglada.

Seamos, como el perro, leales, agradecidos, serviciales, abnegados, si el caso llega.

Que no se nos atribuya jamás la cobardía de la hiena, la ferocidad del lobo, ni la picardía o la astucia, aplicadas al mal, de la zorra. Tengamos la franqueza, la valentía serena, la resolución inteligente que resulta del estudio, de la conciencia del deber, de la energía y voluntad para cumplirlo.

Cultivemos nuestra mente para que no puedan compararnos al topo. Seamos observadores, atentos, precavidos, para no dejarnos engañar: pero no engañemos tampoco a los demás, creyendo que ciertas «vivezas» son lícitas. Ello es simplemente indigno.

No seamos como el glotón, sino moderados, en la comida; tengamos más bien del camello y del dromedario el poder de abstenernos y la sobriedad, fuente de salud, economía y bienestar.

No durmamos demasiado, como el lirón que acaso por eso se conserva torpe; no tengamos la indolencia del armadillo o del perezoso; imitemos la industria ingeniosa del castor.

Que nos disguste la terquedad que suele demostrar el burro; pero no su humildad, ni su paciencia, compatibles con el amor propio bien entendido y la altivez legítima, ésta reñida con la adulación servil.

No seamos tercos, no cerremos los ojos a la luz, reconozcamos nuestros errores, que nada hay más hermoso que el respeto sincero a la verdad: pero tengamos a la vez firmeza para sostener nuestras claras convicciones; tengámosla, sobre todo, para persistir en los buenos propósitos, resistiendo a las incitaciones perniciosas. Y seamos tolerantes con el error ajeno, especialmente si advertimos que la buena fe lo inspira; procuremos disiparlo cordialmente, razonando con amabilidad y no insistiendo si el espíritu de nuestro contrincante se encuentra perturbado por la pasión.

No tengamos la irascibilidad del colibrí. Es menester dominarse aun cuando el enojo sea justificado. Reprimiremos mejor el agravio, sin excedernos, cuanto más dueños seamos de nosotros mismos. La indignación provo-

cada por los hechos innobles, es preciosa virtud, propia de las almas superiores; pero la ira ciega rebaja el nivel moral del hombre.

No hablemos sin entender lo que decimos, como el papagayo, ni tan copiosamente que nos llamen cotorras. Estudiemos bien lo que necesitamos saber, pensando lo que decimos, y sin olvidar que quien mucho habla, mucho yerra. Y aprendamos a escuchar. Así, no sólo aumentaremos nuestro caudal de saber, sino que nos haremos simpáticos a los demás.

Observemos qué mal caminan los loros, con los pies hacia adentro. Seamos nosotros erguidos, caminemos derechos, sin amaneramiento en el porte. También así seremos agradables; pero que no estribe en eso el valor de nuestra persona, ni menos en el traje que vistamos.

No seamos como el orgulloso y hueco pavo real; tengamos la elegancia, que va unida a la sencillez y el buen gusto, la gracia y el andar majestuoso del cisne, encanto de parques y jardines, y que reúne a sus bellas cualidades exteriores, rasgos de valor y energía para defender a sus polluelos. Dignos siempre, sin ostentación, ante nuestros superiores, seámoslo igualmente, con bondad y cortesía, para con nuestros subordinados, sin excluir a los sirvientes más modestos.

Evitemos el ridículo; no seamos el hazmerreir de nadie. Conservemos nuestra seriedad, sin que ello implique el tener maneras adustas. La seriedad de la conducta no excluye la sonrisa en los labios, ni las naturales y necesarias expansiones de la legítima alegría. Por el contrario, huyamos de la tristeza: que la risa, la saludable risa, sacuda con frecuencia nuestro organismo. Y cuando nos alcance el dolor, pensemos que ello es también necesario, como la vacuna. En el dolor se temple el carácter, preparándonos para vencer, más tarde o más temprano, sin doblegarnos ante los contrastes inevitables. Tengamos la perseverancia del hornero, reconstruyendo nuestra casa y nuestro caudal cuantas veces fuere menester.

Imitemos a las aves canoras, cultivando la voz, evitando cuanto haga nuestra expresión desagradable, y aprendamos también a cantar. Es ese un medio más de ser felices y de difundir a nuestro alrededor el contento. No pretendemos que digan de nosotros «canta como un ruiseñor», pero nuestro lenguaje no dará lugar a que se diga «brotan de esa boca sapos y culebras».

Tengamos siempre el espíritu vigilante del gallo, aplicándolo a la conducta con el fin de evitar debilidades y desvíos.

Conservemos siempre la dignidad personal por sobre todas las cosas,

No nos arrastremos jamás como los reptiles, perezosos y taimados; no cambiemos de colores como el camaleón, desoyendo la voz de la conciencia y pensando sólo en medrar a cualquier precio. Avancemos sin ocultar las armas siempre nobles y dignas de quien las esgrime.

Multipliquemos en cuanto sea posible nuestras aptitudes, para lograr independencia y no ser un parásito que vive a expensas de los otros o como el marisco adherido a la roca.

Así como teje la araña su red para procurarse el alimento, sea nuestra red el conjunto de habilidades que han de proporcionarnos el pan de cada día y han de permitirnos ser útiles a los demás retribuyendo los beneficios recibidos.

Pensemos que en todas las esferas de la actividad humana se puede hacer el bien y contribuir al progreso y a la felicidad colectivos, cosechando satisfacciones íntimas. Es a menudo el obrero más pequeño el más eficaz. ¿Quién es más útil, por ejemplo, el león, llamado el Rey de los Animales, o la gallina, menos, aún, la abeja o el humilde gusano de seda?

El que trabaja es el que vale más. No seamos, enton-